

HOMENAJE A AUGUSTO RODIN

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO ARBEU LA ON-
CHE DEL 30 DE NOVIEMBRE DE 1917 EN LA VELADA
CON QUE SE HONRÓ EN MÉXICO LA MEMORIA DEL
GRAN ESCULTOR.

Señoras y señores:

UN homenaje a Augusto Rodin es un ho-
menaje a Francia.

La Francia, patria espiritual de los hombres que, hoy más que nunca, creemos en el triunfo de la verdad, de la virtud y de la belleza, y lo afirmamos con la certidumbre de lo inevitable en medio de la demoníaca barbarie que ha desencadenado sobre el mundo *Guillermo el Demente*, como afirmó la divina Grecia su ideal, invencible por humano, ante la avalancha devastadora del rey persa, ese otro loco que flagelaba las olas enrespadas del Helesponto para reducirlas a la calma, como si fueran las dóciles espaldas de sus esclavos; la Francia, que da su sangre redentora no sólo en defensa de la vida entera de la civilización, pues todos los problemas de su historia han tenido el alto destino de ensancharse has-

ta llegar a ser esencialmente humanos, levantó a la plena luz del cielo, entre los gritos del combate y las llamaradas del incendio, la urna que guarda los restos efímeros del espíritu inmortal de Augusto Rodin, creador fecundo de verdades, de virtudes y de bellezas, como un símbolo consolador, esplendoroso y entusiasta del triunfo tranquilo y sonriente del Amor que sale ileso y puro de las brutalidades rabiosas e impotentes del Odio y de la Muerte! En una rapsodia homérica, el audaz Diomedes, enardecido por la brega, atraviesa con el hierro de su lanza la mano color de aurora de Afrodita; pero la diosa es inmortal, y de su herida sólo escapan gotas de ambrosía, blancas y luminosas como su cuerpo de alabastro.

Augusto Rodin fué el escultor de la Vida, dentro de la idea nobilísima de un incesante progreso y de una creciente espiritualidad, como la expresa y condensa en conceptuosas formas plásticas su *Monumento del Trabajo*, esa torre en cuyos flancos se desenvuelve la prodigiosa espiral del esfuerzo humano, que va desde las oscuras cavernas ancestrales, dejando en las etapas del camino los frutos del dolor y de la gloria, hasta la cúspide en donde los genios alados de la fuerza de la protección y del amor, libres ya de la materia que oprime y de la miseria que deprime, derraman bendiciones y consuelos sobre sus sangrientos y dolorosos progenitores. Por eso ascendió tan alto en la tenue escala de luz del ideal que sólo resiste el peso alado de los ángeles y la presión imponderable de los genios. Pe-

ro para llegar a esta depuración de alma en la concepción y en la expresión del arte, para fijar definitivamente en las formas de los broncees y de los mármoles la inconfundible e indefinible idealidad del pensamiento, para darle a la arcilla oscura y deleznable la irradiación eterna de la belleza, cuántos esfuerzos, cuántas abnegaciones, cuántos dolores y cuánto amor. Este hombre, que parecía un vigoroso ejemplar de los recios artistas del Renacimiento italiano, tenía una voluntad napoleónica al servicio de su grandioso ensueño. Era un conquistador del ideal, como Balzac, como Hugo. Sus lauros palpitaban al viento exultante de las grandes batallas. Miradlo: sobre sus espaldas indoblegables alzábese, como sobre un basamento de granito, la cabeza atrevida de un severo y conciso modelado romano; su frente imperial y nobilísima parecía tallada por su propio cincel; sus ojos azules, bajo la arcada prominente de las cejas compactas, hudían su mirada reflexiva y soñadora, dulce y altiva al mismo tiempo, en las cosas y en los seres; su barba olímpica se desparrahaba sobre su pecho como una ola de oro y de plata; y cuando el trabajo lograba vencer sus músculos, dice uno de sus panegiristas, tomaba entre sus manos,—mágicos instrumentos de poderío y de caricia—una pequeña obra maestra del arte egipcio, un gavilán hecho con una desconocida combinación cerámica, “de una forma tan maravillosa, de una armonía tan pura, que parecía temblar entre los dedos del escultor, y éste, extasiado, encontraba de nue-

vo su fuerza y su dirección tocando las alas palpitantes del pájaro divino.”

La misma intensidad de su ensueño de artista lo empujaba a la lucha y le auguraba el triunfo. Hijo del pueblo, sus primeras enseñanzas las recibió directamente de la vida, de la vida cruel y magnífica, guiado por dos consejeros insubstituíbles: el dolor y la voluntad. Después de practicar en algunas academias, en donde se deforman tantos bellos temperamentos con la copia tradicional y servil de los modelos clásicos, salió de esas escuelas de la pedantería y del mal gusto con el santo horror a las estatuas de héroes a pie o a caballo que tanto admiran los jefes de Estado de nuestras repúblicas beocias, y ansiosamente fué a buscar, en las entrañas de la vida las formas, los movimientos y las expresiones de la belleza, que sólo la vida le puede dar al artista capaz de comprenderla y de sentirla. Para subvenir a sus necesidades, ingresó a los talleres de Carrier Belleuse, el celebrado escultor del segundo Imperio, que expresaba en obras frívolas y risueñas los amores fáciles y voluptuosos de la galante sociedad de las Tullerías. Por la naturaleza misma del trabajo que estaba obligado a ejecutar, Rodin se ejerció con un ardor siempre creciente en el estudio del desnudo, hasta lograr que la piedra y el mármol tuvieran las palpitations vitales de la carne. Este es el secreto de todos los grandes escultores. La alegría, el dolor, el amor, el pensamiento, el alma entera, todo viene siempre a la carne, a la cruel y deliciosa carne enno-

blecida y divinizada como una flor milagrosa por los supremos artistas del paganismo, y que, después de ser abominada, maldecida y maltratada como una bestia infernal por los ayunos, por las flagelaciones y por los cilicios durante los siglos tenebrosos en los claustros histéricos y en los desiertos de penitencia, surgió del impío martirio con todas las exuberancias de la Primavera de Botticelli en las logias luminosas del Renacimiento, como la soberana y adorable virtud de la Vida que florece con las rosas de la juventud en las mejillas y canta con los besos del amor en los labios!

Ejemplar típico de su arte de taumaturgo para dar a la materia inerte la vida de la carne, y, a través de la carne, la vida superior del alma, es la estatua de Eva, en la gloria de su desnudez paradisíaca. Esta figura, que en la leyenda bíblica inicia la vida humana con el dolor de la maternidad, estaba destinada a coronar, junto con la de Adán, la famosa *Puerta del Infierno*; pero el escultor cambió de idea, y la estatua de Eva quedó con su individualidad propia y soberana, caricia para los ojos, misterio para el pensamiento. Es un bronce de formas impecables, que revelan el vigor primitivo de la hembra y la gracia naciente de la mujer que, vencida un instante por el amor, por el amor será vencedora siempre; en un inocente impulso del primer pudor parece que quiere arrojarse consigo misma, y con un suave movimiento inclina su rostro hacia los dos brazos que se cruzan sobre los

senos que pugnan por saltar; su cuerpo todo vibra con un estremecimiento de placer desconocido en la angustiosa expectación de un misterio profundo; "algo inaudito va a revelarse a ella, en ella," en la sagrada intimidad de sus entrañas:

"Et, pále, Eve sentit son flanc qui remuait."

El verso de Víctor Hugo vale la estatua de Rodin; la estatua de Rodin vale el verso de Víctor Hugo.

¿Y qué diré, que no se haya dicho ya por críticos y por poetas, del célebre grupo de mármol llamado *El Beso*? Verdaderamente es una de las obras más encantadoras que pueden contemplarse en las galerías del arte plástico. "La mujer está sentada sobre las rodillas del hombre en una actitud casta y abandonada, y se entrega al mismo tiempo que se recobra; y la oposición armónica de los cuerpos, el estremecimiento de las carnes, el abandono adorable de los labios, la cadencia de las formas conjugándose en un conjunto acariciador, todo hace resentir la tierna posesión. El grupo está colocado sobre una roca. El cuerpo del hombre es de una estructura espléndida, potente y victoriosa; es digno de la pasión que inspira, uno de sus brazos enlaza a su compañera y la mano que toca el cuerpo tremulante se agita al contacto acariciador de la piel caliente y suave, en tanto que la otra mano (admirable detalle psicológico), que no siente sino la fría aspereza de la piedra, está rígida y sin fuerza." La atrevida y detallada realidad del grupo parece envuelta en un nim-

bo ideal, tejido con la luz que irradian las almas al fundirse en la gloria de un instante eterno del amor. Son dos bellos seres que se purifican en el acto sagrado de la vida. No sólo es el beso de las bocas, sino la comunión de las almas; no es el Paraíso perdido, sino el Paraíso conquistado, y en los jardines edénicos no se escuchan los anatemas de un dios celoso, sino los cantos de alegría de los genios de la naturaleza que ofrecen a los amantes sus tálamos de jacintos y sus doseles de frondas.

No podría, en los límites de un discurso que no debe convertirse en conferencia, describir todas las estatuas de este género que la omnipotente Afrodita inspiró al supremo artista. El bronce de *El Rapto* el bronce de *La Miseria* y los mármoles conocidos con los nombres de *La Danaida*, *El Pensamiento*, *La Eterna Primavera*, *El Eterno Idolo*, *El Amor que huye*, *La Ilusión*, *hija de Icaro*, son obras admirables, algunas de ellas de una perfección absoluta, en las que este poeta apasionado de la Vida ha expresado toda la voluptuosidad de la vida con su infinita gama de sensaciones, desde las más atroces hasta las más tiernas, desde las más crudas hasta las más ideales, sin imágenes licenciosas y sin erotismos malos, pues al copiar y exaltar sin hipocresías la fecunda libertad de la naturaleza, siempre hizo visible, por el encanto de las armonías plásticas, la penetración de las caricias espirituales que le dan su nobleza y su corona al amor, y hacen de él una eterna primavera en la poesía y un ídolo eterno en el corazón, aun

cuando algunas veces se nos escape, como en el mármol divino, de los brazos desesperados y suplicantes.

Pero la voluntuosidad es sólo una de las formas de la vida, y la obra de Rodin, como la vida, es inmensa. Omito una descripción, que sería fatigante, de la gran cantidad de dibujos, bustos, maquetas y proyectos que dan idea del titánico trabajo del artista y que tanta luz arrojan sobre el carácter y el desarrollo de su obra. Desde el *Hombre de la Nariz Rota*, busto que hizo Rodin cuando trabajaba todavía en los aristocráticos talleres de Carrier Belleuse, y que fué naturalmente rechazado en el Salón por los árbitros del gusto oficial, pues tiene la severa belleza de un ejemplar antiguo, hasta la formidable *Puerta del Infierno*, las obras maestras se suceden unas a otras, provocando tormentosas discusiones en torno del artista infatigable e incommovible. Ya es el *San Juan Bautista* en bronce que, con el brazo derecho levantado en la actitud de la prédica, llevando impresas en el dorso de bellísima estructura las huellas de las maceraciones del desierto, y en los ojos y en la frente la luz de la revelación cristiana, marcha, (sí, esa estatua camina), marcha majestuoso e impresionante a difundir la fe y a conquistar el corazón del mundo; ya es el inspirado monumento levantado en Nancy a Claude Geleé, el luminoso pintor lorenés cuyo cuerpo se yergue en la cúspide con la mirada hacia el sol naciente que le dará el goce inefable de las coloraciones de su cielo patrio

que con tanto amor reflejó en sus cuadros, mientras del pedestal se desprenden pifando, al desgarrar los velos de la sombra, los caballos divinos que rige la esplendorosa figura de Apolo, triunfador y glorioso como en los versos de Homero.

Después, el estupendo monumento de *Los Burgueses de Calais*, tragedia de piedra que revive y perpetúa una emocionante tragedia de la Historia, y sólo comparable en el arte universal a las magníficas y terribles concepciones de Esquilo. Es una obra llena de movimiento, de pasión, de dolor, de sacrificio, de vida heroica, que en la aparente inmovilidad de la piedra da la sensación de un monumento de eternidad. Los seis burgueses, colocados casi en el mismo plano, con las cabezas descubiertas, los pies descalzos y la soga al cuello, caminan hacia el campamento inglés para ponerse a merced de Eduardo III, llevando las llaves de la ciudad y del castillo al vencedor, pues han aceptado ofrecer sus personas como rescate viviente de la ciudad. Han jurado y cumplen su juramento. El primero, lampiño, severo, altivo, es una noble figura de magistrado que en su actitud, llena de firmeza, sólo muestra el aspecto noble del dolor que se confunde con la dignidad. A él le corresponde llevar en sus manos decididas, apretándola fuertemente, la llave pesada y tosca de las puertas, y tiene el honor de encabezar el lúgubre cortejo. Detrás de él, "para que nadie vea ni comparta su tristeza," un compañero, con la cabeza oprimida por la crispadura dan-

tesca de sus manos huesosas, piensa con una intensidad brutalmente torturante "en las cosas amadas que abandona para siempre;" en el centro, un viejo de barba tupida y de dobladas espaldas, parece mirar en el vacío, con una mirada sin reproches, casi dulce a fuerza de resignación, cómo se derrumban sus últimos días sobre el montón de ruinas de sus muchos años; y escucha, compasivo, "más que las palabras, los sollozos de un pobre joven que pide a su larga experiencia consuelo y socorro para su alma desfalleciente;" y, por último, dos amigos o dos hermanos se exhortan mutuamente en la dolorosa y necesaria renunciación a la vida. Y van, con los cuerpos retorcidos por el sufrimiento, apenas cubiertos por paños desgarrados y miserables andrajos; pero con las almas erguidas por la voluntad y envueltas en claridades inmaculadas, a cumplir el acto más grande de la vida: van a morir por su ciudad y por su patria. Y el escultor francés, con un arte sin ejemplo y sin rival, desprende de esos cuerpos lamentables por el dolor físico la sublimidad del alma que afirma, acepta y se impone el sacrificio, iluminando con los resplandores de la más alta humanidad ese grupo de trágicos salvadores, que no es sólo un fragmento viviente de la Historia, sino una eterna y consoladora verdad moral y una belleza de orden superior, en cuya contemplación se lava y purifica nuestra alma como en la milagrosa piscina de las lágrimas humanas.

Y luego, la estatua de Balzac. Y la estatua es, como Balzac, un prodigio. La tempestad

de una crítica sin precedente se desencadenó sobre la nueva obra, que durante muchos años vivió envuelta entre nubarrones y relámpagos; pero cansadas al fin las envidias y las imbecilidades académicas, la estatua se perfila—inmortalmente bella—en el limpio horizonte de los tiempos nuevos. Ese sí es Balzac, el titán creador de la *Comedia Humana* y no el insignificante burgués de mármol que hizo Falguières y que el infalible mal gusto oficial colocó en una avenida de París. Ni los finos análisis de Sainte-Beuve, ni el profundo estudio de Hipólito Taine, ni la escrupulosa monografía de Brunetiere dan una idea tan completa de Balzac como la estatua de Rodin. Es increíble la cantidad de dibujos, de bosquejos, de proyectos que se amontonaban en el taller de Rodin, obsesionado por la figura del genial novelador; estudió con conciencia de anatomista todos los detalles y particularidades del cuerpo del modelo que había elegido, aun los más íntimos; se cuenta que fué a vivir algún tiempo a la Touraine para impregnarse de la atmósfera física y moral en que se había movido su personaje; hizo siete ejemplares de estatuas en distintas posiciones, sin dejar de vestirlas con el famoso *frac* de trabajo de Balzac; y por fin, después de una labor que hubiera agotado otra alma menos grande que la suya, logró obtener una evocación escultural tan cercana de la verdad, tan dentro de la verdad, que la estatua resulta verdaderamente alucinante. Sí, ese es Balzac, con su cuerpo real envuelto por el hábito de jerga, con los

brazos soberbiamente cruzados sobre el pecho, con la cabeza enorme de visionario echada hacia atrás, con el labio superior levantado por el desdén y la ironía, con los profundos ojos fascinadores por ese inmenso poder de visión interior que llevaba en el alma y que lo hizo capaz de crear tantas almas, y marchando por un impulso irresistible de todo su organismo en medio de la vida que lo atrae y que lo maltrata, pugnando por arrancarle su secreto, y creando con los elementos de la realidad otra vida, otras vidas, para mezclarlas y confundirlas en su obra estupenda de historiador, de crítico, de filósofo y de poeta. Es en verdad el hombre que un día, oyendo a Julio Sandeau que, al regreso de un viaje, le hablaba de una hermana enferma, le dijo: "Todo eso está muy bien, amigo mío, pero *vengamos a la realidad*, hablemos de Eugenia Grandet."

Y Augusto Rodin hace surgir del mármol un dios lírico: Víctor Hugo. Es un mármol pentélico, de tono caliente y bermejo, digno del cincel de Fidias y de la cabeza de Zeus. El poeta vidente está desnudo como conviene a un dios sobre la roca del destierro, extendiendo la mano imperiosa sobre el mar, resonante como su alma, mientras las olas murmuran la canción de las oceánidas. La figura es austera y radiosa, y la testa magnífica medita mientras la musa de la Cólera, airada y frenética, le dice al oído los versos fulminantes de *Los Castigos* y de *El Año Terrible* y la dulce y tierna Inspiradora del amor, figurada en una forma de ideal pureza que recuerda el

fino modelado helénico, entona las estrofas de paraíso de *Las Contemplaciones* y los idilios parnasianos de *La Leyenda de los Siglos*. Es el poeta, el cantor por excelencia que legó a la memoria del tiempo eterno las más sonoras y ricas armonías que ha producido el verbo humano; es un Aeda venerable, de la estirpe de aquellos que sabían cantar, acompañándose con la lira, las hazañas de los héroes y las genealogías de los dioses; que recibían homenaje en los palacios de los reyes, y a quienes las ciudades más gloriosas les levantaban altares y les consagraban culto, porque siendo hijos de Apolo Musageta, tenían en el alma la divina locura de la inspiración, y de sus labios brotaba el canto de oro de las Piérides sagradas. A semejanza del rayo de luz mañanero que, según cuenta la leyenda, hace vibrar armoniosamente la estatua de Memnon en la necrópolis tebana, el cincel de Rodin ha hecho resonar en el mármol pentélico, caliente y bermejo, el alma lírica de Víctor Hugo.

De propósito he dejado, para terminar, la alegoría de *La Patria Vencida*, que debió alzarse en la glorieta de Courbevoie como monumento conmemorativo de la defensa de París. La figura alada, que protege todavía el cuerpo de un joven gloriosamente muerto en la lucha, domina y se cierne. Su impulso poderoso está lleno de angustia y de cólera; un fragmento del ala ha sido roto, pero qué importa; ella es la Patria, la inmortal, y con los brazos abiertos y los puños amenazantes en el espacio, y con el grito que sale de su boca cons-

ternada, más sonoro que el grito de Athena en el combate homérico, llama a todos sus hijos a la defensa del honor y de la vida. Y el grito de este bronce heroico sigue resonando en la fortaleza de Verdun.

Augusto Rodin tuvo el inmenso dolor de morir sin poder hacer el monumento de la Patria Vencedora. En los últimos días de su gloriosa y noble existencia, este sembrador generoso de amor y de belleza vió a su patria invadida y ultrajada por los bárbaros que no tienen piedad ni para el arte, ese hijo sagrado del espíritu humano, cuya misión inofensiva es levantar el alma a la contemplación y al culto del ideal. Vió cómo los cañones de *Guillermo el Demente* acribillaban con la metralla la catedral de Reims, la maravilla de las maravillas y el amor de sus amores, que "reunía la mayor acumulación de belleza que puede contener un solo edificio;" y con la imaginación enloquecida vió también despedazadas las ciudades adorables de la Bélgica, que tantas inspiraciones dieron a su estudiosa y exaltada juventud, y sintió caer en su alma de artista mártir los escombros de sus iglesias, de sus canales, de sus atalayas, de sus incomparables museos, y a sus oídos llegó la voz doliente de Maeterlinck lamentando la brutal destrucción de la gran plaza de Yprés, "que merecía ser tan preciosa a los hombres, tan sagrada e intangible como la plaza de San Marcos de Venecia, la plaza de la Señoría de Florencia o la plaza de la Catedral de Pisa," y clamando desesperada e inútilmente

por la salvación de Brujas, de Gand, de Anvers y de Bruselas; alcanzó a ver, por último, en una postrera visión aterradora, el torrente bárbaro despeñándose sobre la Italia de su grande hermano, sobre la Italia de Miguel Angel, amenazando desbaratar con infernal alegría las iglesias, las estatuas, los campaniles, y los palacios de Venecia; y el grande hombre debe haber sentido que volvía ese día de luto para la humanidad en que el infame Lisandro entró a saco en la divina Athenas. ¡Oh, no!, que del cuadro que en el Palacio Ducal pintó el genio exuberante del Veronés, celebrando con la magnificencia de los colores el triunfo de Venecia, se han desprendido los robustos guerreros en cuyos petos gesticula el león de San Marcos y se lanzan a la defensa de la opulenta reina del Adriático; y la visión profética de Leonardo de Vinci se realiza, como se realizan siempre los sueños de los sabios, y surca el espacio sobre las trincheras enemigas en el aeroplano guerrero de Gabriel D'Annunzio!...

En nombre del arte, profanado por Guillermo el músico, por Guillermo el arquitecto, por Guillermo el escultor, por Guillermo el decorador, por Guillermo el cómico, por Guillermo el director de escena, y que ahora pretende destruir con sus cañones *Guillermo el Demente*, proclamemos la inmortalidad de las sagradas obras del alma humana y expresemos nuestro amor y nuestra admiración a la Francia de la ciencia, del arte, de la libertad y de la gloria, que levanta a la plena luz del cielo,

entre los gritos del combate y las llamaradas del incendio, la urna que guarda los restos efímeros del espíritu inmortal de Augusto Rodin, creador fecundo de verdades, de virtudes y de bellezas, como un símbolo consolador, esplendoroso y entusiasta del triunfo tranquilo y sonriente del Amor, que sale ileso y puro de las brutalidades rabiosas e impotentes del Odio y de la Muerte!

INDICE

	Págs.
Urueta.....	5
Panegírico de don Ignacio M. Altamirano.....	11
Ensayo sobre la Tragedia Atica.....	23
La poesía épica griega.—La Ilíada.....	75
Discurso pronunciado en los funerales de don Justo Sierra.....	109
A Manuel José Othón.....	119
Discurso pronunciado en la velada organizada por los estudiantes de Jurisprudencia en honor de Juárez, la noche del 18 de Julio de 1901 en el Teatro del Renacimiento.....	131
Homenaje a Augusto Rodin.....	145